

NO ES UNA COINCIDENCIA

“La noche pasada lo que pareció ser una aurora boreal, atemorizó a unos y extasió a otros. Las fantasmagóricas formas y los colores eran idénticos a los de las auroras y, probablemente, su origen sería el mismo. El oscuro cielo nocturno se vistió de un manto increíblemente hermoso durante más de dos horas. Las auroras boreales tienen su origen en las radiaciones solares que, en colisión con los átomos de nuestra atmósfera, originan destellos luminosos...”

Eva cerró el periódico donde venía la noticia y se culpó a sí misma por haber estado durmiendo en las horas en que se produjo; desde siempre había querido ver una de ellas con sus propios ojos y esta se le había escapado. Pero, ¿era realmente una aurora boreal? ¿En España? No, aquí no hay auroras.

Su compañero de trabajo, Luis, el que cargaba con la cámara todo el día, pagó el desayuno y salieron al exterior. El teléfono móvil de Eva le avisó de una llamada y vio en la pantallita el nombre del jefe. Contestó y ya no pudo decir nada más, hasta que su superior acabó. “A la orden, jefe. Vamos para allá”. Subieron al automóvil y Luis le preguntó: “¿Pasa algo?” “Sí, y tanto que pasa. Vamos al centro”.

La zona estaba acordonada por la policía y tuvieron que identificarse para que les dejaran pasar. “Luis, haz una toma del edificio y del entorno mientras voy a hablar con el que esté al mando de esto; luego te acercas y nos grabas”. Pero el teléfono móvil volvió a sonar y el jefe le dijo que quería la retransmisión en directo. Eso siempre la ponía muy nerviosa, porque no hay posibilidad de rehacer o corregir los errores, pero el que manda... manda. Entraron en el edificio, un hotel de cinco estrellas, que estaba materialmente tomado por los policías y Luis empezó a grabar. Eva se acercó al recepcionista: “¿Puede explicarnos qué ha pasado?” “Sí. Un tío muy raro, de más de dos metros, que entró y sin decir nada

fue al restaurante. Oí un gran griterío y la gente huía de allí corriendo despavorida; me atropellaron y me caí al suelo, arrastrando a cuatro o cinco que rodaron por encima de mí” “¿Y por qué corría la gente?” “Yo no lo sé, pero el camarero dice que habían matado a alguien”. “¿Es ese de ahí?” –Eva señaló a un hombre que estaba sentado en el suelo, con una bata blanca ensangrentada, tembloroso-. “Sí, el pobre está medio descompuesto”. “Gracias, vamos a preguntarle”.

Se acercaron al maitre que ni siquiera se levantó. Eva tuvo que agacharse para situarse a su nivel. “Hola. ¿Puede contarnos lo que ha pasado ahí dentro?”. “Pues... que esa bestia entró en el comedor como una centella, cogió un cuchillo y al primer desgraciado que encontró en su camino, le asestó una cuchillada en el cuello. Luego lo cogió con una mano y lo tendió encima de una mesa, lo abrió en canal y se comió el corazón y un trozo de hígado...” “¡Dios mío! ¿Y usted que hizo?”. “Intenté intervenir, pero me dió un zarpazo con su enorme mano ensangrentada y fui a rodar por encima de varias mesas y creo que me he roto un tobillo”. “¿Y sigue ahí dentro?” “No lo sé. Estoy preocupado porque no he visto salir a los cocineros”

En esos momentos, dos policías cruzaron la puerta arrastrando a uno de sus compañeros, cubierto de sangre, hacia el hall y las sirenas de varias ambulancias acabaron de llenar de confusión el ambiente. En seguida, dos parejas de camilleros entraron y entre todos sacaron al agente herido y se lo llevaron al hospital.

Luis no perdía ni un solo plano. Eva prosiguió el interrogatorio: “¿Qué aspecto tiene?”. “¡Monstruoso! Nunca había visto nada semejante.”. “¿Puede describirlo?”. “No. Tiene una cara que parece una pesadilla. Cuando se comía las vísceras, me pareció que era la imagen viva del gigante del cuadro de Goya”. “¡Qué horror! ¿Puede usted andar?” “No lo creo, me duele mucho el tobillo”.

Los camilleros que ya lo habían visto, lo cogieron y lo sacaron de allí en el momento en que entraba el teniente de policía. “¿Quién ha dejado entrar a la televisión?” –preguntó con voz agria y autoritaria-. Y luego, dirigiéndose a los reporteros: “Vamos, salgan de aquí. ¿No ven que corren peligro?”. Eva intentó una estratagema: “Sí, jefe, y le prometo que saldremos corriendo en cuanto usted nos lo diga. ¿Podría darnos su versión de los hechos para que nuestros televidentes puedan estar informados?” “Más tarde, cuando todo esto esté resuelto. Y ahora, lárguense de aquí. Tú –señaló a uno de los agentes-, acompáñalos fuera, a la calle”.

En el corto trayecto, en el que Luis enfocaba a todo el mundo, Eva le preguntó al que les escoltaba: “¿Usted ha vivido este drama?”. “Sí, el otro que se han llevado en la ambulancia y yo fuimos los primeros en entrar a detener a esa bestia”. “¿Qué le pasó a su compañero?”. “Lo agarró por el cuello con una mano, lo levantó más de medio metro del suelo y luego le dio una cuchillada en una pierna”. “¿Y usted qué piensa de todo esto? Me refiero a la actitud de ese hombre...”. “¿Hombre? Eso no es un hombre”. “Y si no lo es, ¿qué otra cosa puede ser, un extraterrestre?”. “No. Me refería a que siendo un hombre aparentemente, no es humano en sus hechos ni en su descomunal fuerza”. “¿Porqué no usaron ustedes sus armas reglamentarias?” “Mi compañero quiso hacerlo y casi lo mata y cuando yo iba a sacar la mía, me miró con esos ojos de fuego y movió la cabeza negativamente. Estaba tan cerca de mí que, de haberlo intentado, estaría de camino al hospital también”. “Y ahora, ¿qué van a hacer ustedes?” No lo sé. El teniente sabrá lo que tiene que hacer. A mí me ha hecho un favor pidiéndome que les acompañe fuera”. “Podría dejarnos quedar aquí, en la misma entrada, para que Luis pueda hacer algunas tomas. Piense que estamos en directo y les está viendo toda España”. “Yo no tengo nada contra los medios de comunicación; de verdad que lo siento, pero las órdenes son las órdenes”.

Justo acababa la frase cuando una ensangrentada, enorme e imponente figura, atropelló a todos los policías que encontró a su paso. Luis tomó un primer plano cuando pasó junto a él hacia la calle y Eva cayó rodando por el suelo a varios metros, al apartarse de su camino. Tras él, el teniente, empuñando su pistola. Apuntó cuidadosamente y unos segundos después, bajó su brazo, mientras aquella bestia atravesaba a la carrera el acordonamiento y se alejaba.

¿Jefe, por qué no le ha disparado? –le preguntó Eva cuando vio que el teniente guardaba el arma, abatido-. “Y si fallo, ¿a dónde podía haber ido la bala? Probablemente habría alcanzado a algún pobre inocente entre toda esa muchedumbre”. “Tiene razón. ¿Qué ha pasado finalmente ahí dentro?” “Hay dos víctimas más, los dos cocineros, que no pudieron escapar a tiempo”. “Pobre gente. Y ahora, ¿qué van a hacer para coger a ese asesino?” “No se preocupe, que no escapará. Adiós”. El teléfono móvil de Eva volvió a sonar. Lo cogió, mientras el teniente se alejaba dando órdenes. Era su jefe. La chica se quedó helada cuando escuchó lo que le decía. Luego colgó y se acercó a Luis.

“Corta ya esa transmisión”. “¿Qué hay, problemas?” “Sí, y muchos. El jefe me ha dicho que lo que acaba de pasar aquí, ha pasado al mismo tiempo en veintidós capitales españolas. Eso no es una coincidencia.”. Entonces miró al cielo y recordó lo que había leído apenas un par de horas antes: ¿Auroras boreales en España? Noooo...

Francisco Artacho